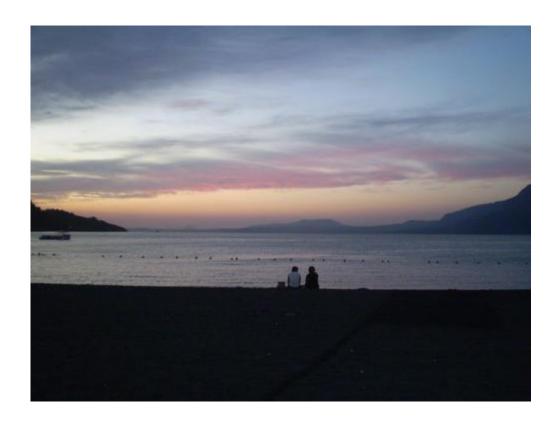
EL ALMA TRAS LA MUERTE



Noche Serena, de Fray Luis de León

En su poesía, fray Luis refleja el dolor que le provoca la distancia que existe entre el ser humano y la divinidad.

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo de innumerables luces adornado, y miro hacia el suelo, de noche rodeado, en sueño y en olvido sepultado, el amor y la pena despiertan en mi pecho un ansia ardiente; despiden larga vena los ojos hechos fuente; la lengua dice al fin con voz doliente: «Morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura: mi alma que a tu alteza nació, ¿qué desventura la tiene en esta cárcel, baja, oscura? [...] ¿Quién es el que esto mira, y precia la bajeza de la tierra,

y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí, asentado
en rico y alto asiento
está el Amor sagrado,

de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura

aquí se muestra toda, y resplandece

clarísima luz pura

que jamás anochece:

eterna primavera aquí florece.

¡Oh, campos verdaderos!

¡Oh, prados con verdad frescos y amenos!

¡Riquísimos mineros!

¡Oh, deleitosos senos!

¡Repuestos valles, de mil bienes llenos!

ODA A FELIPE RUIZ

¿Cuándo será que pueda, libre de esta prisión volar al cielo, Felipe, y en la rueda, que huye más del suelo, contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y ascendido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento

tan a nivel y plomo, donde estable y firme asiento posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está
fundada;
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada;

por qué tiembla la tierra; por qué las hondas mares se embravecen, donde sale a mover guerra el cierzo, y por qué crecen las aguas del Océano y descrecen;

de donde manan las fuentes;

quién ceba y quién abastece de los ríos

las perpetuas corrientes; de los helados fríos veré las causas, y de los estíos;

las soberanas aguas del aire en la región quién las sostiene;

de los rayos las fraguas, donde los tesoros tiene de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece turbarse el aire todo en el verano? El día se ennegrece, sopla el gallego insano, y sube hasta el cielo el polvo vano;

y entre las nubes mueve su carro Dios, ligero y reluciente; horrible son conmueve, relumbra fuego ardiente, treme la tierra, humíllase la gente;

la lluvia baña el techo; envían largos ríos los collados; su trabajo deshecho, los campos anegados, miran los labradores espantados.

Y de allí levantado, veré los movimientos celestiales, así el arrebatado como los naturales, las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas veré, y quién las enciende con hermosas y eficaces centellas; por qué están las dos Osas de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno, fuente de vida y luz, dónde se mantiene; y por qué en el invierno tan presuroso viene, quien en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento en la más alta esfera las moradas del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

Eray Luya de Lean.

El anhelo de Fray Luis de León, nos introduce en el conocimiento de la otra vida nueva que nos aguarda tras la presente.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

Málaga-23 de Marzo, día de la Resurrección de Cristo del año 2008

LOS SOÑADORES EQUIVOCADOS

Apenas sería necesario escribir sobre este tema, si no hubiera sido desnaturalizado por los que deberían colocar ante las almas la enseñanza de la Palabra. Los errores de estos doctores provienen, en primer lugar, de que han perdido la convicción de la autoridad de las

Escrituras, y la sustituyen por productos de su imaginación.

«Si alguien enseña de otro modo, dice el apóstol, y no se atiene a las palabras sagradas, es decir las del Señor Jesucristo y las de la piedad, es que está lleno de orgullo, no sabe nada, pero tiene la enfermedad de las cuestiones...» (1 Tim. 6,3, 4). La palabra de Dios trata estos sueños como lo merecen: son «doctrinas extrañas», «fábulas profanas» que sólo son historias de ancianas (1 Tim. 1,3; 4,7; 2 Pierre 1,16).

No nos extrañamos pues de las aberraciones de estos hombres, cuando nos hablan del sueño del alma después de la muerte, o de su desarrollo gradual después que ha dejado el cuerpo, o de su paso de esfera en esfera hasta su perfección final, idea querida a los libre pensadores universalistas: cuando nos hablan de las almas que se encuentran en el más allá de los afectos y las ocupaciones de aquí abajo, de la aniquilación del alma de los malvados, etc. Es inútil agotar la lista de estos sueños; no son producto del cristianismo; y por desgracia, sólo

se puede suponer que los que la propagan reconocen su ignorancia. Nuestro deseo es simplemente fortalecer a los queridos hijos de Dios en las cosas que han aprendido acerca de este tema.

LA INCREDULIDAD

La incredulidad en cuanto a la inspiración divina de la palabra de Dios está, como lo hemos dicho, en la base de todas estas locuras. Forman parte de la apostasía, predicha por esta misma Palabra, y cuyo desarrollo final está cercano.

Es pues importante para los hijos de Dios, dispuestos, por ignorancia o por una confianza mal centrada en los que las enseñan, prestar atención a esas palabras mentirosas, probarlas en las Escrituras.

Un hecho explica de alguna manera apresurada, incluso entre los cristianos, que acogen estos sueños. La gran verdad de la resurrección de entre los muertos es, si no ignorada, al menos dejada por ellos en un olvido lamentable. Esta primera resurrección es contemporánea a la venida del Señor para

llevarse a los santos junto a él (1 Cor. 15,51-55; 1 Tesalonicenses 4,15-18).

RESURRECCIÓN

La resurrección de entre los muertos, verdad capital del cristianismo, no es otra cosa que la resurrección *del cuerpo*. Comprende tres actos, en primer lugar la resurrección de Cristo, primicias de los que están dormidos, en segundo lugar, la resurrección de todos los santos en su venida (1 Cor. 15,20-23), en fin, la resurrección de los mártires del Apocalipsis, antes del reino milenario de Cristo (Apoc. 20,4-6).

Estos tres actos se llaman «la primera resurrección», o «la resurrección de entre los muertos». La resurrección *de los muertos*, de los hombres que no han creído, sólo tendrá lugar después del reino de los mil años (Apoc. 20:5), con vistas al juicio final, también ¿no se llama la segunda resurrección, sino la *segunda muerte* (Apoc. 20:11-15).

Esperando la venida del Señor, los cristianos son considerados como muertos y resucitados

con Cristo, en virtud de su unión con El, por el Espíritu Santo (Col. 2,20; 3,4).

Al no dar a la resurrección de entre los muertos el lugar que le pertenece, la mayoría de los cristianos han llegado a atribuir una importancia capital al estado del alma después de la muerte, y a no ver ya en la resurrección de los santos la gran verdad cristiana. Decimos: cristiana, pues el Antiguo Testamento la distingue poco. Considera el futuro bajo el aspecto de las bendiciones terrestres aportadas por el Mesías. Eso explica cómo la herejía de los Saduceos podía subsistir al lado de la ortodoxia de los Fariseos. No que fuera excusable, pues el Señor les dijo,

citando Ex. 3,6: «Estáis equivocados, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios... No es el Dios de los muertos, sin de los vivos; pues por él todos viven» (Mat. 22,29; Luc 20,38).

Incluso en tiempos muy antiguos, Job estaba convencido de la resurrección de su cuerpo. «Yo sé que mi Redentor está vivo y después de mi muerte, veré a Dios» (Job 19,25-27). De igual modo lo encontramos en Daniel Dan.

12,13 : «Y tú, ve hasta el fin; y descansarás…hasta el fin de tus días».

NUEVO TESTAMENTO

En cuanto al Nuevo Testamento, es fácil probar que está lleno de esta verdad. Resulta del hecho de que el Salvador «ha anulado la muerte y ha hecho lucir la vida y la incorruptibilidad por el Evangelio (2 Tim. 1,10). Ha introducido esta condición de la vida eterna que coloca el alma y el cuerpo más allá de la muerte y de su poder. La incorruptibilidad ha sido plenamente realizada en él, pues Dios no ha permitido que su carne viva la corrupción (Hechos de los Apóstoles 2,31);

pero, si nuestro cuerpo está « sembrado de corrupción », resucita en «en incorruptibilidad», pues «la trompeta sonará y los muertos serán resucitados incorruptibles» (1 Cor. 15,42, 52).

La resurrección es pues el estado *definitivo* del cristiano. La resurrección entre los muertos ha sido inaugurada por Cristo, que es la primicia y es nuestra seguridad, en virtud de nuestra unión con él.

El estado del alma tras la muerte no es un estado *intermediario*, del más alto precio sin duda, para el cristiano, pero sin embargo transitorio, no teniendo nada definitivo. Por eso la Escritura habla de ella relativamente poco, informándonos de las bendiciones que este estado comporta. No olvidemos, ante todo, que una de estas bendiciones, *la vida eterna*, es común a todas las fases de la existencia del cristiano. Como hombre de aquí abajo, tiene la vida eterna; como alma, separada del cuerpo, goza de esta misma vida en una esfera nueva; como resucitado o transmutado, la poseerá y la gozará en la gloria.

El estado intermediario del que hablamos se compone de dos elementos. El cuerpo muere, el alma vive. Para el cristiano, la muerte del cuerpo se llama el *sueño*. El A. Testamento emplea constantemente esta palabra para expresar la muerte. «Se duerme con sus padres», tal es el término habitual para expresar la muerte, sea para buenos, sea para malos reyes de Israel.

En el Nuevo Testamento, mientras que la palabra *morir*, *muerte*, caracteriza habitualmente a los no creyentes, la palabra *dormir*, *dormirse*, *sólo se emplea para los creyentes*. El Señor dijo a sus discípulos: «Lázaro se ha dormido» y, si añade después: «Lázaro ha muerto», es porque no comprendían sus palabras. Este nuevo pasaje nos prueba que el dormir no significa el *sueño del alma*, *sino la muerte del cuerpo*.

Es muy destacable que, si el Nuevo Testamento emplea muy excepcionalmente para el desalojo de los cristianos el término la *muerte*, esta misma palabra se aplica *continuamente* al Señor mismo, porque él ha tomado sobre sí, para anularla, la muerte que nos era debida. «murió por nuestros pecados, según las Escrituras» (1 Cor. 15,3). «Murió por todos» (2 Cor. 5,14, 15). Se ha hecho impotente, por la muerte, el que tenía el poder de la muerte, es decir el diablo (Hebreos 2,14).

Al entrar en la muerte, la aniquiló (2 Tim. 1,10). Ahora, «se ha *muerto* ... y tiene las claves de la muerte y del hades", es decir del lugar invisible a donde van las almas después

de la muerte (Apoc 1,18). Nunca ni el hades, ni la muerte podrán ya retener nuestras almas o nuestros cuerpos. ¡Ay aquellos que no han creído y continúan siendo llamados los *muertos*. Lo que está reservado a los hombres, es «de morir una sola, vez y después de eso el juicio» (Hebreos 9,27). «El resto de los muertos no vivió hasta que miles de años se cumplieron» (Apoc. 20,5). «Vi a los muertos, los grandes y los pequeños, de pie ante el trono» (Apoc. 20,12). (Ved también: 1 Cor. 15,22; Rom. 5,12, 17; 6,23).

No se dice pues del creyente que muera sino que se duerme (1 Tesalonicenses 4,13, 14, 15; Mat. 27,52; Jn 11,11, 12; 1 Cor. 11,30; 15,20,

51). ¿Se puede hablar de la muerte de un hombre que, quizá, en el momento en que desciendan a la fosa, se saldrá resplandeciente de vida? Sin duda, desde la muerte del primer creyente en la tierra, miríadas de muertos en Cristo esperan el momento en el que sus almas se reúnan con sus cuerpos resucitados. Pero, ni para ellas, ni para nosotros que esperamos al Señor, no hay retraso, pues sabemos la causa: Dios espera con paciencia, al no querer que

ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento (2 Pedro 3,9).

Que nuestros cuerpos caigan en el polvo, que este polvo se disperse a los cuatro vientos de los cielos, nada impedirá al Creador de los cielos y de la tierra encontrarlos y formen de un vistazo cuerpos gloriosos, de los que se dice: «Sabemos que, si nuestra casa terrenal que es sólo una tienda, se destruya, tenemos un edificio por parte de Dios, una casa que no está hecha de mano, eterna, en los cielos» (2 Cor. 5,1).

El sueño es pues un término empleado para la muerte del cristiano, en cuanto a su cuerpo. Saldrá resucitado de este sueño con un cuerpo glorioso, semejante al de Cristo,

Para verlo tal cual es, y parta estar siempre con él. Jamás el creyente irá al juicio, mientras que el no creyente resucitará para aparecer *inmediatamente* delante del gran trono blanco en el que será juzgado (Apoc. 20,11-15).

Si el cristiano se ha dormido, si se ha despojado momentáneamente de su habitación terrestre que es sólo una tienda, ¿qué deviene su alma así desalojada? La Palabra es tan clara

como posible sobre este tema. El alma está con Cristo. «Tengo el deseo de desalojar y estar con Cristo, dice el apóstol, pues eso es mucho mejor» (Filipenses 1,23). También dice: «Nos gusta más estar ausentes del cuerpo y estar presentes con el Señor», aunque no desee ser despojado de su cuerpo mortal, sino revestido de un cuerpo glorioso, «para que lo que es mortal sea absorbido por la vida» (2 Cor. 5,4-8).

¡Feliz perspectiva! Llena de paz a los cristianos mayores, que han crecido en el conocimiento del Señor, han gozado durante su vida de su comunión y cuya insignia ha sido: «Vivir es Cristo». Anima, sostiene, alegra a las almas jóvenes en la fe que, sin tener todavía mucha experiencia, se confían, como corderos en los brazos del buen Pastor. Pero, por otra parte, cuán angustiosa es esta perspectiva para los que, siendo hijos de Dios, han vivido con el mundo y para él, sin comprender que su tarea única era vivir para el Señor.

Estar con Cristo, tal es pues la primera, la suprema bendición del alma del cristiano separada de su cuerpo. Cristo es adelante su único objeto. Nada viene a interponerse entre ella y su Salvador; la comunión con él, tan fácilmente destruida aquí abajo, es adelante ininterrumpida. Sin embargo no es todavía la perfección que no puede alcanzarse nada más que por la resurrección de entre los muertos (Filipenses 3,11, 12). Ningún creyente llegará aisladamente, sino que todos entrarán juntos.

Hablando de los creyentes de la antigua alianza, el apóstol dice que «no han recibido lo que había sido prometido, Dios que ha tenido a la vista algo mejor para nosotros, para que no llegasen a la perfección sin nosotros». Ahora bien, la perfección hay que lograrla por la resurrección de entre los muertos, la misma gloria que Cristo, de serle semejantes, pues lom veremos tal cual» (1 Jn 3,2). No es tal el estado del alma después de la muerte, sino lo que sabemos es que está *con Cristo*.

¿Nos basta eso cuando pensamos en la posibilidad de morir? ¿Necesitamos otra cosa? ¿Querríamos sustituir la bendición suprema de estar con él, a los miserable sueños que nos distraen? Si les prestamos atención, es porque el Señor no tiene en nuestros corazones el lugar

que debería ocupar, es que no nos hemos dado cuenta de esta palabra: «Para mí, vivir es Cristo».

«En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso». Estas palabras dirigidas al ladrón convertido nos llevan a hablar del *lugar* en el que se encuentran las almas después de la muerte. En el A. Testamento este lugar está incluido en el término muy vago de sheol (infierno) o lugar invisible, sin distinción del lugar en el que se encuentran las almas bienaventuradas y las de las reprobadas.

Esta ola se explica por el carácter de las promesas hechas a Israel, con vistas a una gloria terrestre y no a la celeste e invisible. Cuando Jesús aparece en la tierra, su misma presencia es la revelación de las cosas invisibles. En un momento dado, se le ve tirar del velo que ocultaba el shéol (o hades), lugar en el que se encuentran las almas tras la muerte. Muestra, en una parábola, que algunas almas son consoladas en un lugar de descanso y de delicias, y habla del seno de Abrahán, como de la mejor plaza o lugar que podía desear un Judío. Este lugar es *para nosotros* el seno de

Jesús, desde que al terminar su obra, fue a sentarse en los altos cielos. El Señor muestra, en esta misma parábola, que las almas de los que no han «recibido sus bienes durante su vida», están en un lugar de tormento, otra región del hades. Muestra en fin que no hay ninguna comunicación posible entre las dos regiones y que la suerte de los que se encuentran allí es irrevocablemente fijo (Luc 16).

Ninguna cuestión, por consiguiente, de un desarrollo gradual del paso de una esfera a otra más elevada. La Palabra destruye con una palabra estas teorías insensatas.

«Además de todo eso, dice, un gran abismo está firmemente establecido entre nosotros y vosotros; de modo que los que quieren pasar de aquí hacia vosotros no pueden, y los que quieren pasar de ahí tampoco pueden atravesar hacia nosotros».

En la cruz, donde se cumple la expiación, el Señor no presenta ya el lugar invisible bajo una forma de parábola. El lo abre en todo su esplendor a los ojos del pobre bandido convertido: «Hoy, estarás conmigo en el paraíso».

PARAÍSO

El paraíso es el tercer cielo, al que corresponde, en figura, el lugar santo del templo, pues el templo estaba dividido en tres partes, la plaza ante el templo, el lugar santo y el lugar muy santo. No hay un cuarto cielo, es decir que el paraíso es el más elevado, el cielo de Dios, «el paraíso de *Dios*» (Apoc. 2,7). Era en el que Pablo había soñado. ¿Cómo? Dios solo lo sabía, pero Pablo estaba seguro que también podía encontrarse en él en el estado de alma separada del cuerpo.

«Conozco, dice, a un hombre en Cristo, que, hace 14 años (si fue en el cuerpo no lo sé; si fue fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), conozco u tal hombre, que ha sido arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco a un tal hombre (si fue en el cuerpo, si fuera del cuerpo, no sé, Dios lo sabe), -me ha arrebatado al paraíso, y oído palabras inefables que no ha permitido al hombre expresar» (2 Cor. 12,2-4).

En este estado, el apóstol era semejante a los discípulos en la montaña santa, en eso que había solamente entendido y no visto, sino que es más que la voz del Padre, diciendo: Escuchad a mi Hijo muy amado; eran palabras inefables absolutamente inexpresables en el lenguaje humano. Pablo no podía revelarlas a nadie, pues ningún hombre las habría comprendido. Sucede así en las almas que están en el Paraíso con Jesús. Nuestra curiosidad no encuentra en la Palabra ningún alimento a este respecto; las cosas que escuchan no son de nuestro dominio.

Subrayad que el paraíso no es la gloria. Sin duda la gloria está en él, puesto que Cristo se encuentra en él, pero no podemos entrar nosotros mismos en la gloria, que como seres completos y definitivos, cuerpo reunidos, y no en un estado intermediario. Se hace comúnmente una idea falsa de la gloria al considerarla como un lugar. La gloria es una manifestación. Es el conjunto de las perfecciones majestad, divinas magnificencia, sabiduría, verdad, santidad, justicia, amor — puesto en evidencia.

Contemplaremos en Cristo esta gloria que tenía junto al Padre antes de que existiese el mundo, y que ha recibido de El, como hombre glorificado; pero, cuando seamos semejantes a Cristo, tendremos parte en su gloria, y se manifestará también en nosotros (Jn 17,22, 24). El paraíso no es pues la gloria, sino un lugar invisible de delicias.

Los cristianos hablan mucho de reconocer en el cielo a los que los han abandonado. No dudo de ello, pero reconoceremos todo también a los que no habíamos conocido aquí abajo. Fue así como los discípulos reconocen en la santa montaña, a Moisés y Elías que aparecían en gloria, mientras que éstos sólo se ocupan de hablar con Jesús.

Pero si se nos ha hablado poco de unirnos, tras nuestro desalojo, a los que hemos amado (2 Sam. 12,23), se nos dice por el contrario, no que nos hayan adelantado, sino que nosotros no los adelantaremos cuando nosotros, los vivos trasmutados, estaremos maravillados junto con nuestros amados, resucitados de entre los muertos, en el encuentro con el Señor. En un instante, se reunirán todos los santos en la tierra

para estar en un guiño unidos a él (1 Cor. 15; 1 Tesalonicenses 4).

¿CÓMO ESTAREMOS?

Los vínculos y los afectos, tal como los hemos conocido en la tierra, no tienen ya lugar en la gloria. Un mismo amor, un mismo pensamiento, concentrados en un solo y mismo objeto, se ha apoderado de todos los poderes, de todas las aspiraciones de nuestro ser. El que conoce mal al Salvador, puede figurarse que encontrará allá arriba temas más interesantes que El. El cristiano inteligente sabe que Jesús llena el tercer cielo con su presencia, como antes, delante del profeta, los lienzos de su vestido llenaban el templo (Es. 6,1).

O «Isaías dice estas cosas porque él vio su gloria y habló de El» (Jn 12,41).

El cielo contiene sin duda muchos objetos diversos, cuya enumeración se alargaría indefinidamente a quien quisiera contarlos. Bajo forma de símbolos, los capítulos 2 a 5 y 19 a 22 del Apocalipsis hacen una lista interminable. Hace falta que busquemos estas cosas invisibles que son de arriba, y que las

solas miradas de la fe pueden distinguir (2 Cor. 4,18). Hace falta que pensemos en estas cosas y no en las que son de la tierra (Col. 3,2).

Pero recordemos que la palabra de Dios las resume en una sola palabra, cuando dice: «Las cosas que son de arriba, *donde Cristo está sentado a la derecha de Dios*» (Col. 3,1).

Tal debe ser nuestra ocupación aquí abajo, tal es la ocupación de las almas desalojadas, tal será eternamente la de todos los rescatados, resucitados y glorificados, reunidos en una perfecta unidad de amor y de alabanzas, alrededor del Señor.

Cristianos, que nadie os separe de él.